

## INTERNACIONAL

# Un nuevo informe forense confirma que Salvador Allende se suicidó

El expresidente chileno murió a consecuencia de un disparo bajo el mentón

SOLEDAD GALLEGU-DÍAZ  
Buenos Aires

El presidente constitucional de Chile, Salvador Allende, se suicidó el 11 de septiembre de 1973, antes que entregarse a los militares golpistas que bombardeaban el palacio de la Moneda. Así lo ha dejado establecido, por fin de manera oficial, el equipo forense que se ha encargado de examinar sus restos y proporcionar una versión formal de lo ocurrido. El informe pericial, que confirma la versión más extendida, fue hecho público ayer en Santiago de Chile por la propia hija del presidente, la senadora socialista Isabel Allende.

El médico forense español Francisco Etxeberria, que participó en la nueva autopsia, manifestó a EL PAÍS: "Con base en argumentos técnicos y científicos, podemos asegurar que la muerte del presidente Salvador Allende se produjo como consecuencia directa de un disparo realizado bajo el mentón que le produjo la destrucción de la cabeza y la muerte inmediata, lo que interpretamos como suicida desde la perspectiva forense".

El cuerpo de Salvador Allende fue exhumado el pasado 23 de mayo en el Cementerio General de Santiago de Chile por orden del juez Mario Carroza, que investiga las circunstancias exactas de 726 casos de personas muertas o desaparecidas a raíz del golpe de Estado del general Augusto Pinochet aún no aclaradas de manera fehaciente. El examen de los restos de Allende fue



Salvador Allende (izquierda), en el palacio de la Moneda el 11 de septiembre de 1973. / ORLANDO LAGOS (NYT)

encargado a un equipo de 12 forenses, siete chilenos y cinco extranjeros, entre ellos el experto español.

La decisión de proceder a la exhumación del cuerpo del presidente chileno se debió a las dudas que planteó un informe realizado en 2008, según el cual el cuerpo de Allende podía presen-

tar dos disparos, lo que dejaba abierta la posibilidad de que hubiera sido asesinado por los militares o asistido en un suicidio fallido. Etxeberria ha confirmado que, según este nuevo y definitivo examen, no existe más que una herida, lo que confirma la versión del suicidio, mantenida por uno de los médicos perso-

nales del presidente, Óscar Soto Guzmán. Según su relato, publicado en 1998, Soto vio a Salvador Allende minutos antes de que se disparara un tiro, y otro médico, Patricio Guijón, que entró instantes después en la misma sala, encontró al presidente sentado en un sillón y muerto. "La caja craneana ha estallado", le dijo.

El doctor Etxeberria aseguró que el grupo forense que realizó el examen, a petición de las actuales autoridades chilenas y de acuerdo con los familiares del presidente, contó con todos los medios necesarios para poder realizar su labor. "Además, se nos autorizó el acceso a toda la documentación que se ha generado en este tema, incluyendo la instrucción realizada por la Fiscalía Militar en 1973", precisó.

El golpe de Estado y la muerte de Allende, protagonista del primer intento en América Latina de que un Gobierno de Unidad Popular, formado por partidos de izquierda y de centro-izquierda, incluido el Partido Co-

## Quedan por aclarar las muertes del poeta Neruda y de Eduardo Frei

munista de Chile, alcanzara, y ejerciera el poder a través de una victoria en las urnas, tuvo un formidable impacto internacional y marcó el inicio de una de las épocas más negras de la historia latinoamericana.

Aclaradas formalmente las circunstancias de la muerte del presidente Allende, Chile tiene aún que resolver otros dos casos que siguen rodeados por las sombras: el probable envenenamiento del expresidente demócrata-cristiano Eduardo Frei Montalva, que murió en 1982, a los 71 años, cuando se encontraba internado en una clínica privada de Santiago, y el fallecimiento, 12 días después del golpe de Estado de 1973, del poeta y premio Nobel Pablo Neruda, atribuida hasta ahora a un cáncer avanzado, pero sobre el que también han surgido algunas sospechas en los últimos años.

## De La Paz a Bogotá

M. Á.  
BASTENIER



El secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA), José Miguel Insulza, afirmaba a poco de su nombramiento que América Latina no era la parte más pobre del planeta, pero sí la más injusta. Y aunque no hay una correlación mecánica entre desigualdad y revolución, es un factor a tener en cuenta al igual que las expectativas frustradas, como predicaba Tocqueville de la Revolución Francesa; los sistemas puramente electoralistas de bajísima densidad democrática; o, globalmente, la colonización del Estado por minorías no elegidas.

Contra esas situaciones se alzan en América Latina tres revoluciones autohomologadas, dos con fuerte componente étnico-indígena, en el que basa su actuación el presidente boliviano, Evo Morales, y más bien lo sufre Rafael Correa en el Ecuador, junto a una tercera, bonapartista, que últimamente sufre un proceso canceroso en Venezuela. Existe, sin embargo, una cuarta que jamás se deno-

minaría a sí misma revolución, o le pondría tantas comillas como hicieran falta para no asustar a nadie, pero que se propone una transformación tan completa que no le cede en ambición a las anteriores. Es la Colombia del presidente Santos.

Las tres revoluciones programáticas, instaladas por vía impecablemente electoral, han descubierto que esos cuerpos intermedios de la sociedad, en esencia los grandes poderes económicos y su nomenclatura, hacían muy difícil si no imposible el establecimiento sobre una base más o menos socialista de una igualdad básica de oportunidades entre ciudadanos sin distinción de color, clase o herencia. Y, llevadas del natural autoritario de sus líderes, o de la prisa de quien tiene o tenía no más de dos mandatos para efectuar el milagro, esas revoluciones están deteriorando el sentido profundo de la democracia.

Así, en Ecuador, se iniciaba la semana pasada un periodo de 18 meses para renovar el aparato judicial, con la autoridad que le concedía al presidente un referéndum que solo ganó por un puñado de votos, lo que se traducirá en el masivo nombramiento de magistrados afectos al poder. En Bolivia se pretende, paralelamente, repartir las frecuencias audiovisuales entre tres actores: Gobierno, oposición y organizaciones sociales, a sabidas de que estas últimas son meros implantes, con limitado margen de manobra, del Gobierno de La Paz. Y en Vene-

zuela el acoso al pluralismo hace ya tiempo que viene intensificándose de manera inclemente.

La revolución de Colombia es formalmente muy distinta, pero en cuanto a la tarea, resulta igualmente abrupta. El presidente, instalado el año pasado, se ha encontrado con un país en el que los volúmenes de corrupción, malversación de fondos públicos y violación de los derechos humanos, que ahora se destapan, sorprenden por su magnitud incluso a una opinión tan avezada como la colombiana. Millares de alumnos de enseñanza pública, a los que se asignaban copiosos subsidios, solo existían en un estadillo de oficina; cuantiosas devoluciones de IVA falsificadas iban a parar a los bolsillos de

## Las revoluciones de Latinoamérica son apenas compatibles con los usos democráticos europeos

los más pícaros y sus allegados; una madeja de espionaje telefónico a políticos, empresarios, intelectuales y personalidades de todo tipo, era comparable con ventaja al escándalo británico del *News of the World*, porque se hacía directamente desde el poder; y, sin agotar la relación, está el caso ya conocido de los *falsos posi-*

*tivos*, eufemismo local de *asesinato* nada selectivo de campesinos y gente que pasaba por allí, pero que complica progresivamente a mayor número de militares.

El presidente colombiano va adelante con la reforma de la justicia para hacerla más ágil y ponerla al servicio de la ciudadanía; con la reforma política, que es una de las grandes vías para atacar la corrupción; y con el premio gordo que por sí solo debería reinventar Colombia: la devolución de varios millones de hectáreas arrebatadas a sus legítimos propietarios y de las que les expulsaron las bandas paramilitares, las FARC y ejércitos privados de desaprensivos en general, de lo que ya aparecen los primeros frutos, como son las tierras recuperadas por el Estado para su distribución entre una ingente población de desplazados.

Las tres revoluciones de formato estándar, chavismo en Venezuela, masas indígenas en Bolivia y mesocracia compungida en Ecuador, difícilmente se muestran plenamente compatibles con los usos democráticos que concibió Europa. Si son revoluciones no son democráticas, y si no son democráticas, ¿para qué hacen falta las revoluciones? La cuarta, en cambio, posee todos los elementos de una conmoción revolucionaria, aunque aspire a todo lo contrario, a alejar el espectro de aquellas otras revoluciones mediante la normalización o equiparación de Colombia a los valores de más alta densidad democrática que se conocen.